



George Steiner
Diez razones (posibles)
para la tristeza del pensamiento
FCE, México, 2007

George Steiner publicó en 2005 *Dix raisons (possibles) à la tristesse de la pensée*, en una edición bilingüe en inglés y francés; Ediciones Siruela y el Fondo de Cultura Económica ofrecieron una versión castellana en 2007. El título, tremendamente seductor, contiene la más elocuente invitación a penetrar en las veredas inciertas de los avatares del pensamiento. Son diez las vías exploradas para dar cuenta de la naturaleza melancólica del pensar, cada una de ellas es abordada en pequeños capítulos que ensayan, uno a uno, los motivos posibles de una tristeza inherente al acto pensante.

La inquietud que recorre las páginas del libro es la que se interroga sobre el fundamento oscuro de la conciencia y del conocimiento: ¿Todo proceso mental tiene un fondo sombrío? ¿Es el pensamiento inevitablemente triste? Y más aún, la pregunta sobre la posibilidad de que el intelecto humano sostenga una alegría y la irremediable negación de ello.

Teniendo como punto de partida a Schelling, quien en su texto *Sobre la esencia de la libertad* aborda la inmanente desolación en toda vida mortal, Steiner asume la tarea de dar cuenta de diez (posibles) razones de ello. Pensar el pensamiento, una de las tareas propias del filósofo, desde los antiguos griegos ha suscitado una turbación que no ha logrado dar un paso más allá de la afirmación del mismo. La autorreferencia del acto en el que el pensamiento da cuenta de sí mismo y la incapacidad de sustraerse a la espiral que él mismo *es* toman en este libro una importancia capital. Steiner afirma que ni las profundidades de la epistemología, ni los fondos de la neurofisiología han llegado más allá de lo que Parménides nos ha legado: la identificación del pensamiento con el *ser*. Un axioma que es principio y límite de la filosofía occidental.

Que el acto del pensar sea la existencia humana es algo que podemos verificar en el estar mismo; no es posible *ser* sin pensar, en el sueño, en las alucinaciones, en las funciones más básicas —como la respiración— nos encontramos en un estado pensante. Y aquellos esfuerzos por suspenderlo (los monjes tibetanos, los ejercicios espirituales, etc.) que se dirigen al vacío —a la habitación de la nada— se asemejan a la paralización del latir fisiológico, esto es, a la muerte.

El desarrollo de la idea de Schelling es claro, si la tristeza se adhiere a la vida y ésta es pensamiento, por ende el soporte del mismo se erige sobre la tristeza. Steiner hace una invitación abierta a que el lector se detenga en una reflexión vital sobre la naturaleza de la labor pensante. Pero, ¿por qué es triste el pensamiento?

George Steiner señala las contradicciones y paradojas del pensamiento que son una fuente de la que emana la tristeza. Una de ellas reside en la posibilidad de cuestionar cosas insondables, la pregunta por la existencia de Dios, de la eternidad del alma, etc., aunado a la capacidad de ofrecer argumentos a favor de una postura u otra, toda esta terrible confusión termina irreparablemente en la ambigüedad. O la paradoja de que cada individuo está compuesto de sus pensamientos (únicos) y que, por otro lado, estos sean lo más común y haya en realidad muy pocos originales: pensar es algo íntimamente nuestro y, a la vez, es un lugar común. O la aspiración a la verdad irrefutable y la imposibilidad de sustraerse a la libertad del lenguaje. Estas contradicciones y paradojas del pensamiento son (posibles) razones para la melancolía.

Pero también las inferencias del pensar en el hombre, en su cuerpo y su voluntad son causa de la *tristitia*. Que nuestro estar en el mundo sea pensante no significa que esté bajo nuestro control, la mayor parte del tiempo nos suceden pensamientos de una manera desordenada y caótica, sólo algunos ejercicios de concentración logran dirigir los pensamientos (los ejercicios lógicos, los juegos de ajedrez, las matemáticas) y, como un destino trágico, los niveles altos de concentración pueden generar un desorden mental. Por su parte, incluso en las abstracciones más rigurosas, el pensamiento es derrochador; hay pocas actividades humanas que abarquen tanta energía como el pensar —la fatiga corporal lo atestigua— y este derroche de vitalidad es también de un alto déficit: los más de nuestros pensamientos se van al olvido, a la nada.

A lo anterior se suma una cuestión profundamente melancólica que va desde la soledad que somos como seres pensantes hasta la imposibilidad de concretizar. Pues si bien el pensamiento tiene consecuencias inconmensurables, la inferencia directa del mismo es irrealizable; las sombras que se interponen entre el pensar y el hacer acompañan al artista en su nostálgica frustración de no lograr —en el

lienzo, en el poema, en la piedra— aquello que en su pensamiento se dibujaba, en el amante que no puede expresar con palabras su sentir late la desolación de la imposibilidad.

Los pensamientos son sólo nuestros y un velo indestructible los cubre, la mentira —propia quizá sólo del hombre— tiene su posibilidad en esta intimidad que nos identifica con nuestro pensar, lo que significa que nuestro estar en el mundo —pensante— es un estar en soledad. Y asimismo, *los otros* se nos presentan con un misterio definitivo, incluso en las relaciones más cercanas: la amistad, el amor, el acto erótico, nos mantiene en una relación entre soledades. Mientras que pensar el pensamiento, el ser, la nada y Dios son los perennes objetos cuando el pensar se hace frente a sí mismo.

George Steiner elabora este decálogo de tristezas en el pensamiento con un rigor filosófico que alude a las conceptualizaciones de la ciencia, el juego, el amor, y ensaya en un lenguaje no desprovisto de un estilo poético las causas posibles de la melancolía. Así, leemos al finalizar cada ensayo la resonancia que afirma esta nostalgia: un motivo para la pesadumbre, una causa de la melancolía indestructible, una razón para la tristeza que se adhiere a nosotros, un motivo para la tristeza, una razón para la frustración —para ese fundamento oscuro—, una fuente de la *tristitia*, de la melancolía, en fin, la tristeza diez veces. Liliana García Rodríguez